

La Montaña de las Mariposas

Por Homero Aridjis

Capítulo 8

Una llamada de teléfono

El señor Nicias, como lo llamaban en el pueblo veinticuatro años después, hablaba el español con acento, pronunciaba la erre como ere y decía arriba en vez de arriba, adverbio este que tenía que usar a menudo para designar la tienda de Rafael (frente a la iglesia) para distinguirla de la de abajo (en la casa, frente a la plaza principal). Hasta su muerte él sería un extranjero y los locales dirían que era turco, judío, holandés o belga; pocas veces, griego.

En 1951, Nicias aún conservaba en un baúl de madera periódicos y fotos. Nunca retornaría a Europa, ese planeta de la historia antigua y moderna se había encerrado en sí mismo. Después de las matanzas perpetradas por los turcos, y del exilio y la muerte de su familia, el mundo griego sobreviviría sólo en la memoria. No obstante, algunas mañanas se despertaba con tal gesto de nostalgia en el rostro que parecía que el sueño lo había devuelto a los días de Tire. Más la tienda de ropa y abarrotes de Contepec ahora era el centro social de su vida adulta y su ocupación cotidiana. Pues, además de los clientes, a la tienda venían sus amigos a leer el periódico, y los niños, a los que regalaba dulces de los botes.

A las seis de la mañana se levantaba y partía a la tienda. A la hora de comer bajaba las cortinas. Reabría pasadas las tres y cerraba hacia las ocho de la noche, dependiendo de la clientela y los amigos. Todo el día se le hallaba detrás del mostrador, atendiendo a mujeres que compraban cien gramos de manteca de cerdo, un kilo de cebada, medio kilo de azúcar, cincuenta gramos de café, todas con los ojos puestos en la báscula para vigilar el peso.

La tienda era el centro comercial de Contepec y allí venían los hombres de los ranchos a comprar manta, sombreros de paja y pantalones de mezclilla, regateando precios, pidiendo fiado y fumando Faros. Había tardes cuando un campesino borracho sacaba la pistola y la apuntada al corazón. Nicias, sin perder la calma, le quitaba el arma y le obsequiaba una cajetilla de cigarros, diciéndole: “Vete a dormir, mañana hablamos”.

A la derecha, en los estantes pintados de amarillo y cagados por las moscas, había jabones para lavar ropa y para aseo, velas y veladoras, botellas de aceite y vinagre, cajas de cereal, arroz y pastas para sopa, latas de sardinas y de atún, leche condensada y queso añejo. Sobre una repisa estaban las cajas de cerrillos Clásicos, las cajetillas de cigarros Tigres y Delicados, las cajas de pasitas y los chocolates Morelia, los cucuruchos y el papel de estraza para envolver. A la izquierda se extendían los casilleros con telas y ropa hecha, las vitrinas con cajas de hilos, botones, listones, agujas, alfileres, cintas y encajes. Sobre el mostrador andaban los gatos: anónimos, relamidos y huraños. Cada mañana al abrir la tienda, él vertía leche en sus platos.

Antes de ir al mercado mi madre venía a verlo a la tienda, le pedía el gasto y le preguntaba qué deseaba comer. Hablaban poco. Él, parado detrás del mostrador, atendiendo a los clientes; ella, sentaba en una silla, viendo pasar la gente.

Mi padre que me había dado el nombre del autor de *La Iliada*, no volvió a Grecia y nunca más habló griego, el lenguaje de su infancia se le convirtió en el lenguaje de los sueños. Raras veces viajó a la Ciudad de México, adonde tenía que desplazarse por pura necesidad de comprar mercancías para su tienda o para buscar atención médica para mi madre. Su Europa era un continente suspendido en el espacio de 1926. En ese territorio abolido se hallaba a sí mismo en una pesadilla recurrente, peleando contra los turcos y a punto de ser acuchillado por ellos. Décadas después, cada noche evadía aún la celada que le tendían para matarlo, por el hecho de ser griego y ser infiel.

Jamás volvió a ver a sus padres. Cuando su hermano le mandó en 1931 una carta notificándole la defunción de Teólogo, ya él tenía un mes de muerto, ya había sido sepultado en el Panteón Municipal de Bruselas. Penélope murió diez años después. En su Europa mental, ellos también se habían quedado en una edad inmóvil, en un pasado inalterable, donde los mapas, las ciudades y las rutas no habían sufrido cambios. Guerras y tiranías subsecuentes no habían modificado el mundo espectral de Tire, de los apaches en París y de los ferrocarriles humeantes atravesando las dilatadas distancias entre Grecia y Holanda. Desde la costa del Asia Menor se podía ver Quío, la isla liberada en 1912 por la flota griega, con su forma de arco apuntando a Turquía. En su capital eran visibles todavía las huellas del terremoto de 1881. El viaje de París a Madrid era hecho por el Sud Express dos veces por semana y tomaba 32 horas; de París a Barcelona el rápido de la noche hacía 24 horas. Los caminos de hierro españoles dejaban mucho que desear, porque los trenes eran lentos y en invierno los vagones se calentaban con caloríferos. Cada tren tenía un compartimento de primera reservado para señoras. También solía hablar de los *treni direttissimi* y los *accelerati* de Italia.

Los periódicos llegaban a Contepec con un día de atraso. Después de la comida él leía atentamente las noticias sobre la Segunda Guerra Mundial, deteniéndose a explicar los lugares que él conocía. “Justo como en el veintidós”, comentaba en la sobremesa: “Siempre lo mismo, discursos, desfiles, maniobras militares, políticos oportunistas, ataques, derrotas y la muerte triunfante”. O cosas así: “Unos a otros se están matando en Europa: los alemanes, los ingleses, los griegos, los italianos, los españoles, los franceses, los rusos, los noruegos. Unos y otros están enredados desde hace siglos en la trama sangrienta de la historia, la cual como una araña nos devora a todos”.

Cada dos meses sus hermanos mandaban cartas. En una hoja con grandes letras daban noticias escuetas de su vida, acompañadas a veces con retratos de hijos e hijas, con las edades y los nombres anotados al reverso. Mi padre contestaba esas misivas con palabras iguales: “Aquí todos estamos bien de salud, gracias a Dios. Espero que todos ustedes estén bien. Saludos. Nicias”.

Un mediodía, una voz proveniente del pasado cruzó el océano Atlántico para buscarlo en el mundo contepequeño, en el que había tratado de esconder su persona y olvidarse a sí mismo. Era una voz perdida, huérfana en el tiempo, desprovista del espíritu de lugar. La muchacha de la caseta telefónica había venido a decirle a la tienda que le llamaban de larga distancia.

—¿Nicias? —escuchó del otro lado de la línea.

—Sí, soy yo, ¿quién eres tú?

—Niarchos, tu hermano —contestó una voz cansada. La voz de los retratos.

Siguieron momentos de silencio en los que la voz del pasado le habló en griego, tratando de identificarse con referencias lejanas. Los recuerdos infantiles obnubilaron sus ojos.

Vino la anagnórisis, el reconocimiento del hermano perdido. “Supe que era él antes de que comenzara a hablar. Lo supe por sus silencios, por el timbre de sus nostalgias —dijo Nicias después—. No pude hablar en griego, el español lo había borrado”.

En este lado de la línea se quedó mudo por un tiempo breve, larguísimo en el teléfono. Imposible encontrar durante esa laguna mental palabras para explicar veinte años de separación, de vida y muerte en otra parte, sin consultar antes la memoria.

—Sí, soy yo, Nicias. No soy otro, soy el mismo que nació y creció en Tire. Soy el mismo que se despidió de ti en Bruselas en 1926—respondió mi padre a una pregunta específica que le hizo el hermano espectral.

El diálogo continuó en mal francés. En un idioma ajeno a los dos, que no reflejaba su relación pretérita ni explicaba sus emociones actuales. En esa lengua, sus articulaciones no tenían pasado ni futuro. De manera que con frases prestadas, mi padre le contó que estaba canoso y calvo, un poco viejo, tenía cinco hijos varones y no era pobre ni rico; por sus compromisos económicos, ahora no podría ir a visitarlo, pero ya iría a Europa.

Todo esto lo expresaba con un dejo de frustración en sus facciones, porque no hay contacto más exasperante que aquel que, establecido en la distancia abstracta, depende de señales desconocidas y es afectado por estáticas y ecolalias, que aquel donde chocan técnicas insensibles y urgencias humanas.

—Sí, como no, nos veremos este año en Bélgica o en México, ¿quién sabe?, a donde tú quieras —aseguró mi padre en español a aquella voz sin cara, condenada a la muerte, como la suya—. ¿No me crees? Te digo que sí, que pronto nos veremos en alguna parte.

Homero Aridjis nació en Contepec, Michocán, en 1940. Ha publicado 28 libros de poesía y prosa, y ha sido traducido a 12 idiomas. En 1964, ganó el Premio Xavier Villaurrutia por *Mirandola dormir*. En 1988, obtuvo el Premio Diana-Novedades por *Memorias del Nuevo Mundo*. En 1993 le fue otorgado el Premio Grinzane Cavour por *1942, Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla*, mejor novela extranjera publicada ese año en Italia. Ha obtenido la beca Guggenheim durante los periodos 1966-67 y 1979-80, y ha sido profesor en las universidades de Indiana, Nueva York y Columbia. En 1987, recibió el Premio Global 500 del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente en nombre del Grupo de Los Cien, del cual es fundador y presidente desde 1985. Fue embajador de México en los Países Bajos y en Suiza. En agosto de 1997 fue elegido presidente del PEN Club International, organización mundial de escritores, traductores y editores.